



Una mina antipersona enterrada en el arrozal que cultiva arrebató la pierna izquierda a Mor Tel Hlaing, uno de los últimos desplazados birmanos. :: REPORTAJE FOTOGRÁFICO Z. ALDAMA

Tailandia prefiere dólares a refugiados

Miles de birmanos viven con miedo a ser desalojados de los centros de acogida junto a la frontera



MAE SOT. En el imaginario colectivo, los campos de refugiados son anárquicas concentraciones de raídas tiendas de campaña en las que se pueden leer las siglas de todo tipo de organizaciones internacionales. Sin embargo, la imagen de Mae La es muy diferente. El principal Centro de Acogida Temporal, eufemismo utilizado por Tailandia para referirse al hogar en el que viven, desde hace casi tres décadas, más de 50.000 desplazados birmanos, se asemeja a cualquier poblado de las minorías étnicas que habitan la jungla que separa al 'país de las sonrisas' del temible régimen militar de Myanmar.

Salvo por lo abigarrado de este campo y el muro que lo rodea, a primera vista nada hace pensar que dentro se viva un auténtico drama que podría convertirse en tragedia si el nuevo Ejecutivo de la recién nombrada primera ministra, Yingluck Shinawatra, decide dar luz verde al plan para cerrar los nueve campos de refugiados que salpican la frontera entre ambos Estados y acogen a más de 150.000 personas, en su mayoría represaliados políticos

pertenecientes a la etnia karen.

En juego está, por un lado, la apertura de la frontera con Birmania, que aquel país decidió cerrar poco antes de las elecciones-farsa celebradas el año pasado, y que supone para Tailandia una pérdida de ingresos de dos millones de dólares diarios (cerca de un millón y medio de euros). Para reabrir el puente de la Amistad de la ciudad fronteriza de Mae Sot, los militares birmanos exigen el cierre de los campos de refugiados y su repatriación. No obstante, por otro lado está el compromiso del reino asiático con los Derechos Humanos, y la rotunda negativa de Naciones Unidas a la consecución de este plan que podría poner en peligro la existencia de miles de personas.

La mayoría de organizaciones consultadas por este periodista considera que el Gobierno de Shinawatra, en su afán por obtener buenos resultados económicos, optará por una vía intermedia que empeorará la ya de por sí frágil situación de los campos. «Es posible que deje de admitir nuevas llegadas, algo que 'de facto' ya hace, y comience un lento proceso de repatriación que no llame demasiado la atención de la comunidad internacional y sirva para contentar al Gobierno birmano», asegura Champee Nanti, trabajador de una importante ONG internacional cuyo nombre prefiere no mencionar.

Los repetitivos controles policiales y militares instalados en la carre-

tera que va desde Mae Sot hasta Mae La son ya un indicio de que esta zona del país no es una cualquiera. Los periodistas extranjeros no son bienvenidos, así que este periódico se camufla en la parte posterior de un camión 'pick up' de la Unión Nacional Karen (KNU), uno de los principales grupos étnicos que combate a la Junta Militar birmana en busca de un estado independiente, para entrar en Mae La.

Una gran prisión

En medio de una impresionante tromba de agua que convierte calles en ríos y campos de cultivo en lodazales, el vehículo se detiene junto al muro del campo, en un punto en el que esperan miembros de la Or-

ganización Juvenil Karen para abrir un hueco por el que se pueda pasar. Dentro, la ley que impera es la del propio campo, y la KNU es tan omnipresente como las banderas karen que se guardan en el interior de las cabañas.

Mae La es un mundo paralelo, una gran cárcel que sus presos no pueden abandonar en ningún momento. «Es la peor de las restricciones, ya que impide que los refugiados hagan una vida normal. Sin trabajo más allá de los pequeños establecimientos que surgen aquí y allá, los birmanos de los campos están condenados a una vida en la que impera el trapicheo y faltan oportunidades y esperanza», comenta Javier García, cooperante de la ONG espa-

La dura adaptación de los pequeños apátridas

:: Z. ALDAMA

MAE SOT. Soladei solo quiere vivir en paz junto a sus padres, su mujer y sus cinco hijos. Hace una década que habitan una cabaña de Mae La, y ya se ha convertido en su hogar. Los dos descendientes más jóvenes no conocen nada más que la realidad del campo. Nacie-

ron aquí, pero, según la ley tailandesa, su nacionalidad es birmana. Myanmar, no obstante, no los reconoce como propios, así que son pequeños apátridas confinados.

A pesar de que todos ellos están registrados oficialmente, hace unos meses rechazaron la oferta de comenzar los trámites para viajar a

un tercer país de acogida. «Allí no tendríamos nada», razona Soladei.

EE UU acoge al 70% de quienes consiguen que un tercer país se haga cargo de ellos. Pero como apunta Javier García, cooperante de Colabora Birmania, «cada vez aceptan a menos refugiados en sus territorios». Y la adaptación no es fácil. Champee Nanti trabaja dando la formación necesaria para que esta gente «que ha salido de la jungla no sufra más de la cuenta cuando llega, de golpe y porrazo, al mundo desarrollado».

Lo principal es el idioma, pero

también las costumbres, cuyas diferencias pueden resultar muy chocantes. «En un caso, unos refugiados se descalzaron en la escalera del avión antes de entrar en el aparato. Para ellos era una falta de educación no hacerlo. No entendían que iban a volar y que tenían que llevar sus zapatillas consigo», recuerda García con una sonrisa. Esta anécdota ejemplifica un miedo muy arraigado que se mezcla con la esperanza y la excitación de quienes ven al otro lado del mundo la posibilidad de escapar a la guerra y la pobreza.